

Instructores, formadores y maestros

HOY es el Día del Profesor. Es un día de celebración para los profesores, pero también para que quienes no lo son reflexionen en la tarea de aquéllos. Porque cada familia entrega a un grupo de profesores una buena parte de lo más preciado que tiene: el destino de sus propios hijos. De ahí que la creciente integración entre los establecimientos educacionales y los padres de familia responda a exigencias que nacen de compartir una señera responsabilidad común.

Mucho se ha hablado acerca de la dignificación del magisterio. Y al respecto podrían citarse diversos avances recientes.

El mejoramiento tanto de las rentas como de las condiciones de trabajo de los profesores ocupa y ocupará un lugar de permanente preponderancia en las inquietudes del magisterio. La consolidación de su estabilidad laboral aparece como otro aspecto de particular actualidad, a raíz del traspaso de las escuelas a los municipios.

Sin embargo, pienso que el acierto y la intensidad del rol gubernativo al respecto estará siempre fuertemen-

te condicionado por la mayor o menor conciencia ciudadana sobre la altísima dignidad de la función docente. Y es eso, quizás, lo que más importante resulta fortalecer, superando una cierta hipocresía social que reconoce verbalmente tal dignidad, pero sin que ello redunde en una actitud ciudadana consecuente.

EL profesor desarrolla una labor de instrucción, que nunca será suplida por la enseñanza impersonal y tecnologizada. Entendiendo que la finalidad última de una clase no consiste en que el profesor enseñe —y “pase” una materia—, sino en que el alumno aprenda, se advierte la insustituible misión del vínculo profesor-alumno en la labor instructora. Explicar los temas del modo más adecuado posible a cada alumno, resolver sus dudas y debatir con él sus legítimas objeciones son requerimientos que ilustran el carácter irrempla-



zable, y mutuamente enriquecedor, que la ligazón personal profesor-alumno juega en el proceso de enseñanza y aprendizaje.

Con todo, más que un instructor, el docente debe ser un formador de valores morales. Una persona que, con su palabra penetrante y sus ejemplos de conducta, marque hondos rasgos éticos en sus educandos. Que sea capaz de forjar en ellos una conciencia moral, sin jamás caer en una ilícita concientización ideológico-política.

Y por encima aún del instructor y formador, el docente encuentra su paradigma en llegar a ser un verdadero

maestro. Aspiración máxima que no todos logran, pero que a todos les está abierta. Camino que se inicia en el conocimiento personal de cada alumno, y en la voluntad de transformarlo en su discípulo. Que luego sigue con la entrega del maestro a descubrir las potencialidades de sus alumnos, y estimularlos a desarrollarlas por medio de su vocación, despertando en ellos altos ideales. Y que, finalmente, se traduce en que alrededor del maestro como guía se aglutinan discípulos que también se comunican entre sí con lazos de creatividad y hasta de comunes formas de vida, que en todos dejan una huella imborrable.

A través de nuestra historia, el profesorado ha sido un artífice decisivo del espíritu cívico y de la homogeneidad de nuestro pueblo, que enorgullece a Chile. En medio de estrecheces materiales y, a veces, de rigores de lejanías territoriales, el profesor chileno ha hecho honor al verdadero apostolado de su vocación, acaso sólo comparable en su profundidad a la del auténtico sacerdote o médico.

Por experimentar en la docencia universitaria la actividad espiritualmente más gratificante de mi vocación temporal, admiro a quienes destinan su vida entera a enseñar. Y quisiera que estas líneas llevaran a otros chilenos a valorarlos cada vez mejor y como se merecen.

“El profesor chileno ha sido un artífice decisivo del espíritu cívico y de la homogeneidad de nuestro pueblo”...
